

que su deber político «consiste en colocar al hombre en el centro del progreso social, en garantizarle condiciones dignas de vida, justicia social, libertad política, posibilidades para el desarrollo multifacético y para su florecimiento espiritual». Estos factores son «precisa-» «los determinantes del progreso de la sociedad».

LOS IDEALES DEL SOCIALISMO. Ese Partido así renovado, no abandona sino afirma los ideales del socialismo. Renuncia a la cláusula constitucional que consigna su papel de vanguardia en la sociedad, pero no renuncia a su papel de vanguardia, sino más bien lo afirma. En febrero de este año, enfocando el tema, Gorbachov dijo: «El Partido podrá ejercer la misión de vanguardia política si él mismo se reestructura de manera radical, domina el arte de la labor política y sabe actuar con éxito». «La renovación del Partido -añadió- presupone un cambio radical en su actitud hacia los órganos estatales y económicos, renunciar a la práctica de dirigirlos y sustituir sus funciones. El Partido puede realizar y cumplir su papel de vanguardia en la sociedad renovada sólo como fuerza democráticamente reconocida. Esto significa que su condición no se puede imponer mediante la legalización constitucional. El PCUS, claro está, piensa luchar por el status de partido gobernante, pero debe hacerlo estrictamente en el marco del proceso democrático, renunciando a toda clase de ventajas jurídicas y políticas, ofreciendo su programa y defendiéndolo en las discusiones, colaborando con otras fuerzas socio-políticas, trabajando constantemente entre las masas, viviendo de sus intereses y necesidades».

Bien podría haber añadido el texto una frase más: «es decir, retornando a su viejo estilo bolchevique». Porque, en efecto, el tipo de concepciones y de tareas que se plantea ahora el Partido Comunista de la Unión Soviética tiene ese sentido y se contenido.

El Partido admite hoy el derecho que tienen los ciudadanos a agruparse en otros partidos que contribuyan al perfeccionamiento de la sociedad socialista. Pero no renuncia a sus posiciones en el gobierno. Al contrario, se dispone a trabajar cada día por mantener su situación de partido gobernante.

Por estas -y muchas otras razones- debe verse con más objetividad el rumbo de los acontecimientos en la URSS. Allí el socialismo no se derrumba ni los comunistas pierden el poder. No es necesario rezar rezos, ni celebrar funerales por las ideas de Marx o de Lenin. Allí sí se modernizan las concepciones del socialismo para defender y representar mejor los intereses de los trabajadores.

Ni el prejuicio político que apasiona a unos y les obnubila la razón, ni el desconocimiento de los temas, deben servir como pretexto para presentar una imagen equívoca de ese inmenso proceso de renovación que hoy está en marcha en la patria de Lenin.

Con Mariátegui seamos creadores, analíticos, constructivos, y veamos en cada fenómeno lo nuevo que surge, que se afirma, que se desarrolla y se levanta. Así podremos avizorar más pronto el porvenir.

Diputado de la Nación por la Izquierda Unida. Alto dirigente del Partido Comunista Peruano (PCP).

Los vientos cálidos del invierno ruso

✉ Nicolás Lynch

UN FENOMENO CURIOSO viene sucediendo en las últimas semanas en la prensa nacional. La profunda crisis y mayor renovación por la que atraviesa la Unión Soviética y los países de Europa Oriental se quieren ver exclusivamente como fruto de la vitalidad capitalista.

La *perestroika* en marcha se encarga, sin embargo, de desmentir el supuesto y nos vuelve a sorprender con salidas audaces que hacen recomendar cautela, no sólo a los conservadores de importantes medios occidentales, sino también a los otros, nuestros inefables conservadores de izquierda. No nos preocupemos, ambos extrañan la guerra fría, que ya habita en los archivos de la historia. No son excepción, en esta audacia, las últimas medidas que abren, podría ser que definitivamente, el sistema político de la Unión Soviética.

Al legalizar el multipartidismo y la competencia política, los reformistas soviéticos, con Gorbachov a la cabeza, han roto con una tradición que antecede a sus propios padres fundadores: el autoritarismo nacionalista gran ruso y su continuación leninista.

En efecto, en términos de ejercicio del poder político, más liga a Lenin con Pedro el Grande que con Mijail Gorbachov. Los bolcheviques se basaron en los reflejos tradicionales de su pueblo, optando por una estructura partidaria vertical y centralizada para combatir un Estado autocrático. El resultado, más allá de toda la ideología, no podía ser sino autoritario.

Sólo así se puede entender la relevancia de la decisión adoptada por el Congreso de Diputados del Pueblo el pasado 13 de marzo. Es por eso que esta decisión sea quizás una ruptura más profunda con el pasado zarista que la propia Revolución de Octubre. Se apunta a modificar la cultura política de un pueblo buscando cambiar la figura del *papá Zar* por la incertidumbre de la democracia.

La propia *perestroika* ha sido, y es en buena medida todavía, un proceso conducido desde arriba, lo que repetidamente ha motivado escepticismo sobre sus posibilidades. Sin embargo, es indudable el estímulo que finalmente ha producido en la sociedad soviética, convirtiendo el largo invierno estalinista en un tórrido verano político. Pero ello no modifica todavía el sentido principal de los cambios: de arriba hacia abajo. Esto se manifiesta en la propuesta de Gorbachov, recientemente aprobada, de un Presidente con amplios poderes para que conduzca al país.

En esta legislación se busca recoger varios elementos. De un lado, se asegura un centro poderoso que sea capaz de conducir la transición a la democracia en forma ordenada y, del otro, se apunta también a conservar lazos con la tradición que aseguren la ruptura pero eviten el cataclismo. En otras palabras, una variante algo más

abierta del «dictador plebiscitario» - como diría Max Weber- adecuado para tiempos de crisis, pero que cuenta con la legitimidad de su pueblo, vía el voto directo o el de sus representantes libremente elegidos.

Claro que dado el peso de la tradición, en particular en lo que al nacionalismo gran ruso se refiere, los riesgos de involución autoritaria en esta opción son también muy grandes y podrían rebasar, con algunas posibilidades de éxito, a Gorbachov y su grupo.

La reforma fundamental, sin embargo, es la que instituye el multipartidismo, es decir, la *competencia política*. Con ella se zanja con toda la tradición política rusa en su *continuum* zarista-leninista y se retoma, más bien, lo que era la tradición socialista dominante en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, cuando los socialistas encabezaban las luchas ciudadanas por el sufragio universal. Esta última es la tradición de la que se aparta Lenin en su debate con la mayoría del socialismo internacional de la época. Es la tradición que se plasma en la revolución de febrero y que gana la mayoría de la Asamblea Constituyente rusa, cerrada por Lenin, en 1918.

Repetidamente se ha querido emparentar la distinción que ahora señalamos con las críticas «socialistas de derecha» que suscitó la revolución de octubre en ideólogos como Kautsky o Plejanov. Al margen de los adjetivos que hoy nos merezcan estos señores, vale la pena señalar que quizás la crítica más brillante de la actuación de Lenin en la coyuntura aludida fue Rosa Luxemburgo, socialista radical señalada como «aguija» del pensamiento revolucionario por el propio Vladimir Llich. De ella sólo quisiéramos citar que «la libertad es siempre, únicamente, libertad para quien piensa de manera diferente». Se trata, pues, del retorno a otra tradición socialista, más allá de la moderación o el radicalismo de sus mentores, diferente de la leninista, pero que tiene como eje el respeto a la democracia.

¿Qué queda entonces, en este punto específico, del legado de Lenin?



Pareciera que no mucho, aunque la prensa soviética haya tratado, reiteradamente en las últimas semanas, de establecer lazos claros. A falta de evidencias se enfoca el tema por el lado de la actitud política, señalando a Lenin -a imagen de Gorbachov- como un reformista pragmático que daba los giros necesarios para mantener el curso revolucionario. En cualquier caso, estos giros no se verificaron en el campo de la democracia política, aunque siempre podríamos agregar que su temprana muerte -menos de siete años luego de la toma del poder- le impidió hacerlos.

Multipartidismo y competencia implican varios puntos de vista. La opinión predominante será, por lo tanto, producto del debate democrático y la contienda electoral. Este proceso es radicalmente distinto al instituido por Lenin y llevado a grotesca deformación por Stalin. Ya no se tratará de verdades reveladas por los textos «clásicos», interpretadas -en el mejor de los casos- por el partido único y llevadas adelante por una maquinaria estatal sumisa. Las verdades reveladas dejan de existir, los autores considerados clásicos pasan a ser una referencia y «el partido» uno más de la cuenta, aunque seguro, en el afán gorbacheviano de ruptura y continuidad, algo más que los demás por algún tiempo. La decisión que comentamos ataca pues al corazón del modelo leninista e instituye un nuevo sistema político. ¿Cuánto tiempo tardarán en aceptarlo los marxistas-leninistas criollos? No lo sé. Pero, como decía Lenin, los hechos son tozudos.

Por último, ¿cuánto hay de liberalismo en todo esto? Muy sencillo: todo el que jamás quiso llevar adelante la burguesía en el plano político. Oponiéndose sucesivamente al sufragio universal, particularmente de los obreros y las etnias dominadas, al voto femenino, a la participación en los barrios, en los centros de trabajo y en las universidades. Es decir, oponiéndose a todo tipo de política que no fuera la de los pequeños grupos de poder.

Gorbachov tiene hoy la oportunidad de echar a andar una democracia cualitativamente superior a la liberal, que la suponga y la profundice. La clave está en que un proceso todavía conducido desde arriba potencie la formidable capacidad de participación del pueblo soviético en todos los niveles de la vida social, empezando por la economía. La ausencia de monopolios privados en la producción es una ventaja para ello, porque puede permitir que la multiplicación de formas de propiedad cooperativas y autogestionarias, afianzándose en la competencia mercantil, pueda traducir la socialización de la economía en la socialización de la política.

Profesor de sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos e investigador del Instituto Democracia y Socialismo.